

**“APUNTES SOBRE LA VIDA,
OBRA, PERSONALIDAD
Y PENSAMIENTO DEL
DR. GREGORIO MARAÑÓN”**

DISCURSO

**PRONUNCIADO EN EL ACTO DE SU TOMA DE POSESIÓN
COMO ACADÉMICO DE NÚMERO
DE LA REAL ACADEMIA DE DOCTORES, POR EL**

EXCMO. SR. D. MARIANO TURIEL DE CASTRO

Y CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO

EXCMO. SR. D. JULIO RODRÍGUEZ VILLANUEVA

EL DÍA 7 DE JUNIO DE 2006



**MADRID
MMVI**

Depósito legal: M-23472-2006
Imprime: I. G. AFANIAS
28224 Madrid

INDICE

Discurso del Excmo. Sr. D. Mariano Turiel de Castro	7
Bibliografía	35
Contestación del Excmo. Sr. D. Julio Rodríguez Villanueva	37

DISCURSO
DEL
EXCMO. SR. D. MARIANO TURIEL DE CASTRO

**Excmo. Sr. Presidente de la Real Academia de Doctores,
Excmo. Sr. Presidente de la Real Academia Nacional de
Farmacia,
Excmos. Sras. y Sres. Académicos,
Excmos. e Ilmos. Sres,
Señoras y Señores,**

Queridos amigos:

Sean mis primeras palabras de sincero y profundo agradecimiento a la Real Academia de Doctores, al aceptarme tan docta Corporación en su seno, en la sección de Farmacia, como Académico Numerario, asignándome la medalla nº 86, que perteneció, hasta su fallecimiento, a mi ilustre amigo y compañero el Dr. D. Antonio Portolés, tan querido y tan recordado en esta casa.

Y vaya también mi gratitud muy especial a los doctores D. Julio Rodríguez Villanueva, D^a. María Cascales Angosto y D. Jesús Martínez Falero, que tuvieron la amabilidad de presentar y patrocinar mi candidatura. Al Dr. Rodríguez Villanueva debo, además, singular reconocimiento por haber aceptado asumir una especial participación en este acto, ocupándose de pronunciar las palabras finales del mismo.

El Dr. Rodríguez Villanueva, maestro de maestros, me ha distinguido siempre, con tanto afecto como generosidad, con su amistad verdadera, a la que él sabe muy bien que correspondo fielmente, uniendo a ella una inmensa admiración por su constante y magnífica labor en cuantos puestos de trabajo y de representación, tan distinguidos, ha ocupado; pues su labor, siempre encomiable, no ha encontrado fronteras ni en el espacio ni en el tiempo.

A todos, pues, gracias, mil gracias, por esta elección que sólo Dios sabe cuanto agradezco.

A todos los señores académicos les renuevo igualmente, mi agradecimiento, y a la Real Academia de Doctores le reitero mi admiración, mi gratitud y mi total disponibilidad.

El ingreso en una Real Academia es, y ha sido siempre, un acto que marca un hito importantísimo en la biografía de cualquier persona que haya dedicado su vida, con rigor y vocación, al estudio.

Por eso, en cierto modo, me abruma comparecer ante ustedes, con merecimientos tan escasos como puedan ser los míos; pero me tranquiliza saber que cuento con la amistad, con el afecto, con la comprensión y con la benevolencia de quienes hasta aquí me han traído; y la de todos los que, con su asentimiento, han aceptado mi llegada.

Y para completar este capítulo de agradecimientos, pero no hacerlo de un modo protocolario, sino de forma sentida y sincera, nacida de lo más profundo del corazón, quiero dar las gracias, también, a todos ustedes por su gentil presencia y su generosa compañía.

Quisiera dedicar asimismo un cariñoso recuerdo, siquiera sea mínimo en amplitud, y breve en extensión, a todos aquellos a quienes tanto les debo.

Por un lado desearía referirme a cuantos, de un modo u otro, me han ayudado y han contribuido a mi formación, y, por ende, han propiciado mi llegada hasta este estrado.

Pero son tantas las personas a las que debo agradecer su permanente colaboración y apoyo, que la simple relación de sus nombres haría interminable este apartado. Acepto, por tanto, de principio, que no puedo aquí recordarlos a todos, pero declaro públicamente que para todos guardo el más sincero y afectuoso reconocimiento.

Cumplo, también, con satisfacción, el deber de recordar a todos los maestros que han conducido mis pasos por el camino del saber, desde mis profesores de Primera Enseñanza y Bachillerato, hasta los que me formaron profesionalmente, en las Facultades de Farmacia de Santiago

de Compostela y de Madrid, así como en la Escuela Nacional de Periodismo.

No debo tampoco olvidarme de tantos compañeros a cuyo lado he trabajado, y de quienes he recibido no sólo ayuda y amistad, sino también valiosísimos ejemplos y enseñanzas.

Y por otra parte, no sería justo concluir este sentido y sincero apartado de reconocimientos, sin destacar de forma preeminente, y de manera muy especialísima, cuanto y cuan eficazmente ha contribuido a mi formación, el cariño y el aliento infinitos recibidos, permanentemente, de toda mi familia, muy especialmente de mis padres y hermanos; y, ya más recientemente, también, de todos mis numerosos sobrinos.

Algunos de ellos, no sin esfuerzo y sacrificio, han venido, desde lejos, para estar a mi lado esta tarde.

De mis queridísimos e inolvidables padres he aprendido cuanto de bueno conozco, y de ellos lo he recibido todo, absolutamente todo en este mundo; y sin ningún género de dudas, de ellos heredé el constante y profundo amor y respeto por la verdad y el trabajo.

Llegados a este punto, y antes de entrar en materia, creo que les debo a todos los presentes una explicación; porque, tal vez, a alguien pudiera resultarle sorprendente el tema que esta tarde se va a desarrollar, en boca de un boticario.

La razón es tan singular como sencilla. Teniendo en cuenta que la Real Academia de Doctores está compuesta por destacados estudiosos, especialistas de las más diversas disciplinas, parecía más conveniente desarrollar un tema que, por su interés general, pudiera gozar de la atención de cuantos tuvieran la amabilidad de acompañarme.

Pensando en ello, y tratando de armonizar mi faceta sanitaria con mi siempre constante vocación de aprendiz de historiador, he escogido el tema ya anunciado: *“Apuntes sobre la vida, obra, personalidad y pensamiento del Dr. Gregorio Marañón”*.

Y ya sin más dilación, al referirme al tema que nos va a ocupar esta tarde, no puedo olvidar que mi afición por el estudio y el conocimiento

de la figura del Dr. Marañón, y de su ingente obra, nació en la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, a raíz de mi participación en una celebración con la que la Matritense quiso honrar la figura de uno de los hombres más ilustres que ha conocido la España del Siglo XX. Allí intervine, brevemente, al lado de dos personalidades de la talla de D. Gregorio Marañón Moya y D. Miguel Ortega Esportorno. Aquella primera incursión en la vida y la obra del Dr. Marañón me animó a leer y releer con curiosidad y con admiración creciente, toda su obra, quedando enteramente cautivado por la misma.

Por eso, el tema que se propone, hoy, al recuerdo y a la reflexión es el análisis sucinto de la vida, obra, personalidad y pensamiento del Dr. Marañón. Y ciertamente parece oportuno hacerlo, para recuperar la memoria de tan ilustre médico, de tan ilustre pensador, de tan ilustre humanista y, sobre todo, de tan ilustre y singular español.

Sería imposible abarcar en profundidad, en esta intervención, todos los apartados que su título contiene, pero trataré, al menos, de resumirlos, procurando hacerlo de forma clara y abreviada, en aras a la necesaria brevedad que impone la duración habitual de un acto como éste.

Como antecedente remoto, habría que empezar por recordar que pocos saben con seguridad, ni siquiera aproximadamente, cuantos años hace, según los cálculos de los científicos más expertos en la materia, que el hombre habita este planeta al que llamamos tierra. Pero de lo que estoy absolutamente seguro es de que, desde su aparición en ella, sintió carencias, sufrió accidentes y agresiones, y padeció enfermedades, que le hicieron sentir la necesidad de toda clase de ayudas para su curación, para su restablecimiento, o, por lo menos, para su mejoría.

Y, entre estas ayudas, no me cabe la menor duda de que, desde el primer momento de nuestra historia, una de las más importantes (dejando aparte la posible invocación a una instancia o a un ser superior al que podríamos llamar su “dios”), fue la de sus semejantes, bien los que casualmente estuvieran más próximos, o bien aquellos a quienes las primitivas colectividades encomendaban la sanación de los demás, tanto aplicando hierbas como manipulando el doliente organismo, o recurriendo a procedimientos mágicos y misteriosos, como los cánticos y bailes rituales, recitaciones salmódicas, etc, etc.

En cualquier caso, lo que parece fuera de toda discusión es que, desde el inicio de la historia de la humanidad, siempre hubo alguien que, por ejercer funciones sanadoras, estaba en disposición de conocer, mejor que los demás, al propio hombre; y no sólo su cuerpo sino también su mente y su corazón, que es tanto como decir sus pensamientos y sus sentimientos, y aún más genéricamente, todas sus actividades materiales e “intelectuales”.

De este modo, y realizando una progresión tan atrevida como lógica, se puede llegar a la conclusión de que a los médicos, desde los más primitivos hasta los actuales, en razón de su permanente contacto y diálogo con el hombre, se les ofrece una posibilidad muy especial de convertirse en magníficos humanistas. Por eso, aquellos galenos a los que su afición y su capacidad se lo permiten, destacan en el campo de las humanidades con mayor brillantez que muchos otros profesionales, cultivadores de otras distintas ramas del saber humano.

Ejemplos destacados de ello los encontramos, numerosos e importantes, desde la antigüedad clásica hasta nuestros días. Sería ocioso y hasta ofensivo hacer aquí una relación de los mismos.

A nivel personal, yo declaro, sin ambages, la sorpresa y la impresión que me causó conocer a dos ilustres doctores españoles del siglo XX, dos gigantes de la medicina; y manifiesto, sin reservas, mi admiración por la vida y la obra de ambos, que bien pueden representar ilustres casos de médicos humanistas contemporáneos.

Aunque separados largamente por el tiempo, los dos se asemejan entre sí, como grandes médicos, y los dos coinciden en su preocupación por el hombre y por la obra de creación de éste.

En ambos casos se trata, además, de dos extraordinarios escritores que hacen fácil y atractiva la lectura del estudio de los más complejos temas de antropología, la exploración de los más apasionantes recovecos de la historia, y la narración de los más encantadores relatos de la tradición.

Se trata, como es fácil adivinar, del Dr. D. Gregorio Marañón y Posadillo, desaparecido hace ya bastantes años: y de mi ilustre paisano el Doctor D. Domingo García-Sabell, recientemente fallecido, tras

una larga y envidiable madurez, lúcida y fecunda, que tantas veces nos regaló su compañía y que nos ha dejado una amplia y valiosa producción oral y escrita.

Dejando para otra ocasión el comentario (no me atrevería a decir estudio) para glosar la figura y la obra del querido y admirado Profesor García-Sabell, trataré de recordar aquí, si quiera sea brevísimamente, a aquel maestro al que todos se referían al mencionar, simplemente, a D. Gregorio.

El Dr. Marañón, madrileño universal, había nacido en 1887; y a lo largo de sus 73 años de vida se dedicó, casi por entero, al estudio, a la enseñanza y a la práctica de la medicina, como endocrinólogo excepcional y como maestro de muchas generaciones de médicos.

Porque lo primero que hay que señalar es que D. Gregorio Marañón fue, ante todo y por encima de todo, médico. El mismo quiso siempre anteponer esta condición a toda la larga e importante selección de títulos y honores que podía exhibir.

La prueba es que siempre quiso ser recordado fundamentalmente como médico. Y por ello, cuando llegó la hora de su muerte, ordenó que en su esquila se pusiera simplemente: Gregorio Marañón y Posadillo, Médico.

He aquí una clara expresión y una buena lección de elegante sobriedad. Toda una gran muestra de aquella finura intelectual, de espíritu y personal, que le adornó durante toda su vida. De aquella sencillez, de aquella bondad, de las que nunca presumió, pero que todos cuantos le conocieron recuerdan como algo consustancial en él.

Tanto el Marañón médico y humanista como el Marañón comprometido y preocupado con su tiempo y su país, dotado de un patriotismo meditado y sereno, y de talante liberal, (según demostró en sus tiempos de diputado), fue modelo del español benemérito al que, como decía el propio Don Gregorio, “no le deben grandes adelantos la física o la mecánica... pero muchos sueños que andan por ahí, flotando como milanos en el estío..., son sueños que podrían llevar un justo *made in Spain*”.

No es éste, ciertamente, ni el momento oportuno ni la ocasión propicia para intentar hacer la biografía del doctor Marañón, pero a fin de comprender mejor su pensamiento humanístico, no estará de más que recordemos, siquiera sea brevemente, algunas notas de su interesantísimo periplo vital, recurriendo para ello al maravilloso estudio que del mismo realizó, en su día, el maestro indiscutible de la Historia de la Medicina, el Dr. D. Pedro Laín Entralgo.

No se trata, insisto, de traer a colación datos, fechas y circunstancias que, en su conjunto, jalonan y componen aquella vida extraordinaria; si no de mencionar a los hombres, y recordar los acontecimientos, que más pudieron influir, desde niño, en aquel que habría de llegar a ser, con toda justicia, admirado y reconocido universalmente.

Y, para ello, trataremos de invocar, fundamentalmente, sus propios y agudos comentarios, sus personales testimonios, que han llegado hasta nosotros a través de sus numerosos escritos.

Lógicamente, quien primero pudo influir en él, fue su padre, D. Manuel Marañón Gómez-Acebo. Era un ilustre abogado santanderino que supo hacer compatible su fecunda actividad profesional con el honesto servicio a la política de su tiempo. Hombre aficionado a las letras, fue autor de una estimable obra de jurista. “Empleaba su ejemplar viudez,-nos dirá luego su hijo-, estudiando libros de leyes y componiendo, con su fraternal amigo D. León Medina, los copiosos Volúmenes de Jurisprudencia que todavía campean sobre la mesa de los abogados en ejercicio”. Todo ello alternando con la más viva y atenta devoción por la literatura y los literatos.

A la sombra de D. Manuel, viudo a los treinta y dos años, cuando su hijo Gregorio todavía era niño, irá formándose éste, sería, amplia y meticulosamente; y forjándose, poco a poco, antes de volar por cuenta propia, la poderosa personalidad del futuro médico.

Aunque sin mayores precisiones, sabemos que solía pasar los inviernos en Madrid, y los veranos, (aquellos anchurosos remansos estivales de entonces), en Santander. Y sabemos, también, que era un niño tímido y muy aficionado a la lectura.

A través de su padre, amigo y contertulio de todos ellos, conoció, trató y admiró a muchas figuras ilustres, que eran, ya por entonces, hombres de fama indiscutible. Entre ellos hemos de destacar a Menéndez Pelayo, Galdós y Pereda.

“De niño –nos dirá más tarde él mismo- leí mucho. Mi padre tenía una gran biblioteca; y en ella me aficioné a los libros. Mis hermanos y yo devorábamos cuanto allí había. De todas aquellas lecturas me ha quedado una impresión particular de la “*Historia de Roma*”, de Mommsen, de los clásicos latinos y griegos, y de Shakespeare”.

Y junto a los libros, acudía constantemente, también, a esa selva encantada que, en los primeros años de la vida, suelen ser, para todos, las colecciones de revistas ilustradas: “Mi entusiasmo por el siglo XIX, - dejó escrito Marañón-, procede de haber releído y revisado más de cien volúmenes de una colección de *El Museo Universal* y de *La Ilustración Española y americana*”. O bien, a nivel más modesto y provinciano, los números de *La Abeja Montañesa*, “cuya breve colección conservaba mi padre como oro en paño; y de niños la leímos en casa con deleite singular”.

Especialmente decisiva para la confirmación espiritual del niño Gregorio Marañón fue la estrecha amistad de su padre con los ya mencionados Menéndez Pelayo, Galdós y Pereda; así como la que, entre sí, unió de por vida a estos hombres ilustres y famosos. Para Menéndez Pelayo y Pereda, Galdós era español y escritor como ellos, pero se hallaba en una posición ideológica totalmente enfrentada a la suya. Y lo mismo aquellos para el autor de “Gloria” y “Doña Perfecta”.

Sus coloquios, naturalmente, dejaban ver, una y otra vez, este contraste, poniéndose de manifiesto, muy frecuentemente, las marcadas diferencias de sus opiniones. “Pero la continua controversia ideológica y política,- escribe Marañón-, parecía que, con su calor, consolidaba el lazo de su mutuo afecto y de la noble y sincera admiración que se profesaban”.

Escuchemos las significativas palabras con las que el Marañón adulto recuerda y valora la influencia que el espectáculo de esta ejemplar amistad tuvo para la formación de su alma: “De los beneficios que

debo a aquellas mis relaciones infantiles, ninguno puede compararse al ejemplo de aquel espectáculo de tolerancia tan leal, y ejercido por tan insignes maestros... Cuando con esa gravedad, inconsciente pero certera, de los niños, buscaba yo la compañía de los grandes hombres que el destino me había deparado cerca de mí, no me daba cuenta de que este supremo gesto de tolerancia era la gran lección que aprendía de ellos". Evidentemente, aún sin advertirlo, la lección fue bien aprendida. Como tal la evocaré, a la hora de hacer balance de su propia vida, aquel varón reflexivo de sí mismo.

Esta fascinadora experiencia infantil, (el trato con hombres míticamente ilustres, y la amistosa tolerancia entre ellos), fue, sin duda, parte muy esencial en la génesis de la entusiasta tonalidad afectiva con que Marañón recordará, a lo largo de toda su vida, el mundo de su edad primera: la España de la Restauración y la Regencia.

Sin beatería y sin nostalgia, siempre animosamente instalado en su presente, (aunque en alguna ocasión éste haya sido doloroso), Marañón verá aquel mundo como una suerte de paraíso perdido. Una y otra vez vuelve esta impresión a su pluma: "Bajo el reinado de Alfonso XII y bajo la regencia de su viuda doña María Cristina..., España fue feliz, todo lo feliz que pueden ser los pueblos hechos de hombres que nunca son felices más que a medias ... Al fin, los españoles parece que habían aprendido la lección (la lección de aunar libertad y disciplina), y el resultado fue admirable para el progreso general de la nación, a pesar de que entonces se perdió lo que aún nos quedaba del viejo imperio colonial".

Aquí tenemos, ya, al Marañón sutil observador del discurrir del tiempo; siempre atento al valor histórico de los sucesos de los que fue testigo; y profundo y agudo analista del comportamiento de los hombres que los protagonizaban. En definitiva, aquí tenemos, ya, al Marañón que más nos interesa hoy estudiar, al Marañón humanista e historiador.

"Fueron aquellos años, - escribirá más tarde Don Gregorio-, un fenómeno singular en la vida de nuestro pueblo. España latía como un gran corazón dentro de una cáscara casi impermeable, casi al margen de la vida del resto de la Humanidad. Pero aún dentro de este aislamiento y de un tono de modesto provincianismo..., puede asegurarse

que pocas veces el alma de un pueblo ha alcanzado tal plenitud, tan profunda realización de lo que debía ser”. “Era un tiempo, (el de la Restauración y su epílogo), en el que una forma de existencia casi perfecta, y precisamente el casi es lo que la hace más maravillosa, alcanzaba su cenit e iniciaba su dorado y trascendente climaterio”.

Este era, en opinión del propio Marañón, el entorno en que discurren sus primeros años. Vivió, como él mismo lo calificó, en un paraíso perdido: un mundo pequeñito y aislado en el que los españoles sabían convivir.

Influidos por el espíritu del tiempo, nos dice, hasta los carlistas eran entonces “bastantes liberales”, seguramente a la manera de su primer maestro, aquel D. José Campos que regía, por entonces, el colegio de San Miguel, donde Marañón estudió el Bachillerato.

Y en aquel mundo que así nos describe, se levantaba, como un soto de árboles gigantescos y benéficos, el conjunto de los grandes hombres que el propio padre y maestro admiraba, y le enseñó a admirar: los ya citados Menéndez Pelayo, Galdós y Pereda, así como Clarín, Cánovas, y acaso hasta Lagartijo y Guerrita.

A ellos se unirán, sin duda, más tarde, los insignes profesores, verdaderos maestros de varias generaciones, que va a encontrar en su camino, como estudiante de medicina.

De sus años de estudiante en el colegio de San Miguel, el propio Marañón nos dejó este autorretrato, al comentar su participación en una fiesta estudiantil: “Mi actuación en ese festival de fin de curso fue muy poco afortunada. Fui encargado de un papel secundario, como convenía a la timidez y debilidad que entonces me caracterizaba. Y, a pesar de la levedad de mi intervención..., apenas pude balbucir, con pésima gracia, una parte de lo que debiera haber dicho”.

¿Qué aprendió este tímido aspirante a bachiller en el colegio de San Miguel, aparte la lección de “hombria de bien”, y también de “libertad de espíritu”, que él expresamente menciona?. No lo sabemos. El hecho es que en 1902, concluyó su bachillerato; y, poco después, inició sus estudios médicos en la Facultad de Medicina de Madrid, en el viejo Colegio de San Carlos.

Los textos autobiográficos de Marañón no permiten descubrir las razones que le llevaron a la Facultad de Medicina, y no a la de Derecho, para seguir el camino de su padre, o a la de Letras, hacia la cual, tal vez, le debería impulsar el ambiente filosófico y literario en que familiarmente se había formado, así como su precocísima afición, “tan remota como mi conciencia” - dirá de ella en 1939-, a los estudios psicológicos.

A la luz de sus reflexiones doctrinales sobre la vocación cabe pensar, sin embargo, que su resuelta orientación hacia la Medicina no fue el resultado de una explícita y bien meditada querencia de su alma: “Hemos de elegir nuestra profesión o destino social – escribe un día- en una edad en que la vocación, que es, en su fondo biológico, aptitud, no ha madurado todavía. Salvo casos rarísimos, geniales, de vocación pura, precoz e invencible, la mayoría de los hombres, en plena nebulosidad de la adolescencia, hemos de decidir nuestro futuro social sin otra razón de peso que la de que somos bachilleres en Junio y antes del próximo Octubre hemos de estar matriculados en esta o en la otra Escuela Superior, Taller o Facultad,... Y decide nuestro porvenir el consejo de cualquiera o la simple imitación a un amigo, o la tradición familiar, o el mandato del padre, o cualquier otro motivo no menos impregnado de azar y no menos ajeno a la genuina vocación, aún dormida”.

Acaso el prestigio del que aparecía adornada la figura del médico, en toda la literatura del siglo XIX, tuvo mucho que ver en la elección de quien se reconocía como un lector empedernido. “La literatura de la época, con Daudet, Zola, Galdós y otros muchos, contribuyó poderosamente a la magnificación del médico”,- dice el propio Marañón-; y tal vez fuese, en su caso, una instancia, una razón decisiva. Nunca lo sabremos.

Pero de lo que no cabe la menor duda es de que, durante sus años de estudiante, la vocación médica del joven Gregorio Marañón llega a ser explícita y firme. Cinco personas, cinco verdaderos maestros de la medicina de su tiempo, influyeron en ello con eficacia. En orden cronológico, hay que citar a los ilustres doctores Olóriz, Cajal, Madinaveitia, Alonso Sañudo y San Martín.

Todos ellos influyeron, sin duda, de modo decisivo en el joven Marañón, dejando una huella imperecedera en su formación; aunque

cada uno de ellos lo hizo de un modo muy distinto y en una faceta muy diferente.

Ciertamente, el paso de Marañón por la Universidad, su paso por la Facultad de Medicina, le convirtió no sólo en un magnífico médico, sino también, y sobre todo, en un gran hombre, en un ser excepcional, dotado de un claro y acertado pensamiento. Y a ello es innegable que contribuyeron, en buena medida, aquellos insignes maestros, a los que él siempre recordó con singular afecto, con especial devoción, y con profunda gratitud.

Pero no sólo vocación e inicial formación científica dan, cuando en verdad llegan a darlas, los años del aprendizaje universitario. En ellos suele hacer el joven, además, dos descubrimientos no menos importantes que el tocante a la profesión: el amor y la conciencia histórica.

“El amor-escribiría Marañón en su madurez-, es sólo una forma de la amistad entre dos personas de distinto sexo, que confina al sur con el instinto y al norte con la literatura”.

“En cuanto el amor linda con la literatura, y de alguna manera es configurado por ella, la invención literaria suele dar la clave del estilo con que, en cada época, se realiza y perfila el ideal amoroso de los jóvenes”.

Quién así habla, ¿en qué medida, de qué modo pagó tributo personal al estilo amoroso de su época?. No lo sabemos con seguridad. Sabemos, eso sí, que a través de su compañero y amigo de la infancia, Miguel Moya, conoció en esos años a una hermana de éste, Lola, y que en ella logró encontrar, para su bien, novia y esposa: “Compañera en mi vida de viajes, y en el viaje de mi vida”, según la dedicatoria manuscrita, de 1939.

A Lola Moya se debe, en efecto, aparte el regalo íntimo que ante todo es el verdadero amor, no poco de la portentosa fecundidad literaria y del inmenso prestigio social de Marañón; pues nadie ignora en qué gran medida fue decisiva para la vida y la obra del Dr. Marañón, la silenciosa pero inmensa, valiosa y eficaz ayuda de su esposa.

A la vez que el descubrimiento del amor, según hemos dicho, se produjo en él la configuración de la conciencia histórica.

Dos veneros confluentes constituyen de ordinario el acicate y la materia de este proceso: la vida misma, el contacto gustoso o agrio con la realidad en torno, y la lectura de quienes, con vigencia de maestros, van expresando, junto a nosotros, su idea de esa realidad.

Como tantos jóvenes sensibles de su generación, el estudiante Gregorio Marañón descubre y vive, en lo tocante a la fracción española de su conciencia histórica, la perdición y la ruina del pequeño e inconsciente paraíso que para casi todos ellos pareció ser el mundo de su infancia.

Es verdad que el gran dolor nacional de 1898 suscita en muchos españoles un vigoroso impulso de renovación. Claramente supo percibirlo en torno a sí Marañón, y más de una vez recordará tal experiencia a lo largo de su vida.

Ese impulso, ascendente y optimista, se percibe muy claramente, (una vez pasadas la amargura o la irritación del Desastre), en las tres generaciones que más directamente lo viven: la de Costa y Galdós, la de Cajal y Menéndez Pelayo, y la del 98.

Y ese mismo impulso ha de abrirse paso, a través de una serie de sucesos históricos, cuyo carácter común es la ruina espantosa que todos ellos fueron dejando tras de sí.

Volviendo, ahora, a la cronología, recordemos que en el año 1909, Marañón obtiene su título de médico. Y tras él, en rápida serie, se suceden los hechos que van a hacer de Gregorio Marañón la primera figura de la medicina española de su tiempo, y una de las más prestigiosas de toda la vida nacional.

Por su meritísima labor como médico, en la primavera de 1922 ingresó en la Real Academia de Medicina. Y en ese mismo año, acompañó al Rey don Alfonso XIII en su histórico viaje a Las Urdes, coronando así una brillantísima etapa ascendente.

Desde entonces, el Dr. Marañón, médico, escritor, o simple ciuda-

dano, será para todos los españoles uno de los hombres-clave de su existencia colectiva.

Pero dejemos aquí este brevísimo apunte biográfico y volvamos a los aspectos humanístico e histórico, que queremos destacar especialmente en nuestra intervención de esta tarde.

El Dr. Marañón, pese a sus muchas ocupaciones profesionales, siempre encontró tiempo, gusto y ocasión para escribir sobre muy diversos temas, y para participar de forma muy activa en la vida política, social y cultural de la España de su tiempo.

Su dedicación a la endocrinología le llevó al convencimiento de que esta disciplina resultaba básica para abordar cualquier investigación seria de caracterología, lo que se evidencia constantemente a lo largo de todas sus obras, tanto en las estrictamente médicas como en las históricas, y en sus diferentes ensayos, prólogos, etc.

De sus escritos sobre temas médicos destacan, como más conocidos, entre otros, “La doctrina de las secreciones internas” (1915), “Manual de medicina interna” (1916) (realizado en colaboración con el famosísimo Dr. Teófilo Hernando), “Tres ensayos sobre la vida sexual” (1926), “Amor, conveniencia y eugenesia” (1929), “Don Juan” (1940) y “Manual de diagnóstico etiológico” (1946).

En todos ellos se nota su conocimiento y su preocupación por el hombre, lo que le convertiría, sin proponérselo, en un profundo, experto y destacado humanista.

Por otra parte, y en su otro aspecto de escritor, más que referirnos a un “Marañón historiador”, parece adecuado hablar de “Marañón, ante la Historia”. Y no es esta diferencia una sutil cuestión de apariencia formal, sino un sustancioso problema de planteamiento que nos llevaría, en cada caso, a un distinto concepto de enfoque y de fondo.

Porque si hubiéramos de hablar de Marañón como historiador, tendríamos que comenzar por puntualizar que el doctor Marañón no fue un historiador al uso, no fue un estudioso más de la historiografía ni de la historiología; no fue solamente un erudito conocedor, intérprete,

narrador y comentarador de sucesos más o menos notables que cambiaron el rumbo de personas, de personajes o de pueblos.

El Doctor Marañón fue, por supuesto, todo eso; pero fue mucho más que todo eso. Don Gregorio Marañón y Posadillo fue, ante todo, un hombre, un gran hombre, cuya humanidad, cuya sensibilidad, cuya cultura, inabarcables, le llevaron a interesarse, fundamentalmente, y sobre todo, por el ser humano.

Y es así como se acerca a la Historia y adopta ante ella un posicionamiento singular. Pero ¿cuál es esa actitud de Marañón ante la Historia?

Para entender los hechos, los hechos históricos, Marañón analiza y estudia al protagonista de los mismos; Marañón estudia y trata de comprender al ser humano. En una palabra, se interesa por el hombre, por el hombre total, el hombre en toda su dimensión: con sus creencias y sus repulsiones; con sus pensamientos y sus sentimientos; con sus ilusiones, sus ambiciones, sus pasiones, sus frustraciones; con sus sufrimientos morales; y ¿cómo no?, con sus padecimientos físicos; convencido de que el conjunto de todos ellos es lo que hace que todos y cada uno de nosotros actuemos, en cada momento, de un modo muy concreto y determinado. Y esa actuación, en definitiva, configura nuestra vida, configura la vida del ser humano. Y, por elevación, esa actuación configura, también, la historia.

Según nos describe con enorme prolijidad de detalles el ilustre profesor Laín Entralgo, ya de niño sintió Marañón una profunda afición por la Historia, que se puso de manifiesto en sus lecturas, desde sus años infantiles hasta sus épocas de estudiante y de médico joven. Pero habría de esperar hasta 1930 para que, a sus casi cuarenta y tres años, apareciera publicada su primera obra de carácter histórico: el “Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo”.

A ella habrían de seguir: “Amiel”, sus “Ideas biológicas del Padre Feijoo”, “El Conde-Duque de Olivares”, y toda una larga serie de libros y de artículos de carácter histórico que sería imposible relacionar, aquí, en su totalidad, y de la que sólo cabe destacar los más significativos, que luego mencionaré y trataré de comentar, siquiera sea muy someramente.

Y... ahora, parece lógico preguntarse: ¿cómo llegó Marañón no sólo a interesarse por la Historia, sino a dedicarse al estudio y cultivo de la misma?.

El propio Marañón, en su ensayo sobre el insigne Dr. D. Roberto Novoa Santos, alude a la “segunda vocación” que anida en lo más íntimo de todo hombre inteligente. “Todos llevamos dentro- escribía entonces- una personalidad mucho más compleja de lo que indica nuestra fachada oficial”.

Y esto, en el caso especialísimo del doctor Marañón, se multiplicó hasta poder señalar en él cuatro actividades bien distintas, aunque emparentadas entre sí por una innegable relación de complementariedad; actividades nacidas, sin duda, de otras tantas vocaciones, tan sinceras y profundas, como importantes y valiosas lo fueron por sus frutos:

- La de médico, de cuya plena y variada realización tanto han hablado y escrito voces y plumas mucho más autorizadas que la de este modesto estudioso y admirador de su vida, de su obra y de su pensamiento.
- La de moralista, o por decirlo con mayor propiedad, la de humanista (estudioso de la realidad humana y de sus deberes), que también ha sido glosada, con frecuencia y abundancia, en conferencias, artículos de prensa y todo tipo de publicaciones.
- La de historiador, a la que enseguida me referiré.
- Y la de escritor puro y simple, “entendiendo por tal al hombre aficionado al puro y simple empeño del bien decir”, en palabras del propio Marañón.

Si en todo hombre, curioso, como tal, de conocer su pasado y el de la humanidad, existe un germen de vocación histórica, el verdadero historiador va más allá. El historiador, y evidentemente Marañón lo fue, se pregunta por las causas que dieron lugar a hechos, a situaciones de otros tiempos, investigando con rigor, analizándolas con comprensión, y dando, por fin, su interpretación, para ayudarnos a conocer el pasado y poder así proyectar mejor el futuro.

Marañón, por sus dotes personales, por su formación, por su hábito profesional de la contemplación y comprensión de la vida humana, deviene, sin dejar nunca de serlo, de médico a historiador. Él mismo nos lo explica claramente. En una ocasión dice: “la tarea de leer libros y documentos históricos es muy parecida a la de leer historias clínicas”, y en otra, añade: “los médicos podríamos decir como han sido, en verdad, los hombres que hemos conocido. Lo que pasa es que no podemos contárselo a los demás. Por eso, a veces, algunos médicos gustamos de escribir biografías de hombres pretéritos, que no son sino historias clínicas, liberadas por el tiempo del secreto profesional”.

Pero todo esto no es más que una parte, aunque importante, del concepto que Marañón tenía de la Historia. Un concepto que irá madurando y perfeccionando a lo largo de toda su vida. Concepto que profundizará y completará, magistralmente, en su preámbulo a “Vida e Historia”, al afirmar: “La vida es historia desde antes de nacer; y sólo es perdurable y fecunda cuando se vive, por humilde que sea, con esa preocupación. Y, a su vez, la historia es la misma vida de hoy y de mañana; acaso, sólo con máscara distinta. Y únicamente cuando se escribe como si se viviera, es verdadera historia”.

Estas palabras tuyas nos dicen, mejor que el más claro discurso, que era para Marañón la Historia. Nos descubren cómo la entendió siempre, cómo la interpretó, y qué postura mantuvo, de manera firme y perdurable, ante ella.

Partiendo de la aceptación de esta premisa, nos resulta bien fácil comprender sus obras históricas, aceptar y compartir su tratamiento, y valorar, altísimamente, su labor en este campo, cultivado por él, con tanto rigor y tanta sensibilidad, como con tanto amor y generosidad lo hizo.

De su primera obra histórica, el ya mencionado “Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo” (1930), el propio autor señala que tan sólo ha querido proyectar la luz de los progresos de la fisiología del carácter y de los instintos humanos sobre el espíritu y el cuerpo de un rey remoto, y de algunos de los personajes que le acompañaron en la vida.

En cuanto a su “Amiel”, subtítulo “Un estudio sobre la timidez” (1932), analiza los propios testimonios del personaje, y los considera

un esfuerzo desesperado e inacabable por revestir de dignidad el fracaso de intentar vencerse a sí mismo.

Y lo mismo se podría decir para el caso de Casanova, y de algunos otros personajes históricos por él estudiados.

En “Las ideas biológicas del Padre Feijoo” (1934), ó en su libro sobre el doctor Gaspar Casal, Marañón, que hasta entonces se definía a sí mismo como “médico-historiador”, empieza a ocuparse, ya, no sólo de la vida de sus biografiados, sino también de su pensamiento y de la repercusión que el mismo tuvo para la posteridad. Pasa, pues, entonces, a ser historiador de ideas: de ideas fisiológicas, en su ensayo sobre Huarte de San Juan; de ideas científicas, en su libro sobre el Padre Feijoo; de ideas médicas, en su estudio sobre Casal; sin que por eso quede ausente de sus páginas la palpitante vida real de los hombres a quienes esas ideas pertenecieron.

Por entonces había escrito ya algunas de sus más grandes y conocidas biografías, y aunque sólo sea a modo de anécdota, cabe señalar que, al releer este nutrido sector de su obra, llama la atención el interés y la delicadeza que manifiesta cuando estudia y describe personajes femeninos. También en esto fue Marañón un verdadero adelantado de su tiempo. Su estimación admirativa por la mujer le llevó a decir un día, en la Sociedad Económica de Amigos del País, de Sevilla, al hablar sobre biología y feminismo: “Respecto a las aspiraciones jurídicas de la mujer, sólo espíritus atrabiliarios pueden regatearla su simpatía. Es tan enorme, biológicamente, la injusticia, la inutilidad y la indelicadeza de que no sean las leyes para ambos sexos, que esto, por si solo, justificaría los mayores apasionamientos de las reivindicaciones feministas”.

Superada, también, la época de historiador de ideas, Marañón pasará, en adelante, y definitivamente, a ser historiador a secas: historiador sin salvedades y sin restricciones: historiador pleno y cabal.

Abre esta nueva etapa con su libro sobre “El Conde-Duque de Olivares” (1936), y con su biografía de “Tiberio” (1939).

El primero fue subtítulo “la pasión de mandar”, porque en él no trata solamente de contar la vida y la peripecia de la política del valido de Felipe IV, sino que la acción histórica le da pié para analizar esta

pasión anímica, y, de paso, describirnos, con su magistral visión, el lugar donde ocurrió y el tiempo, el tiempo histórico, en que transcurrió la vida del protagonista.

Por otra parte, su “Tiberio” es la historia de un resentimiento; y quien sabe si no fue también el pretexto para dar satisfacción y respuesta a su declarado atractivo por el hecho histórico de la fundación del Imperio Romano.

Los ensayos recogidos bajo el título “Don Juan”, son como un bistrú que ha profundizado en la momia del famoso personaje.

Y en el volumen consagrado a “Luis Vives” añade, al interés por una pasión vital, la curiosidad por una determinada situación social. Es, en último término, una vehemente y dolorida reflexión sobre el destierro, sobre el exilio; exilio que el propio Marañón conoció, y del que sólo la enorme bondad de su corazón pudo sobreponerle.

Sin espacio para más acotaciones (que no otra cosa pueden ser estas brevísimas reseñas), no se puede dejar en el olvido su obra quizá más conocida y ponderada: el monumental “Antonio Pérez” (1947), al que Camón Aznar calificaba como uno de los libros más enjundiosos, complicados y densos, de crítica de personas y situaciones, que se han escrito. Es, en realidad, una copiosa galería de retratos, todos incisivos, desplegada su psicología en la prosa más abierta y fácil. Sin el conocimiento de estas páginas es imposible formarse una idea de la sociedad española del tiempo de Felipe II. La iglesia, la banca, la nobleza, la administración, el pueblo llano, todos los estamentos circulan por esta obra en sus ejemplares más representativos.

Marañón concluye, refiriéndose a Felipe II y a su Secretario, que ni el gran Rey aparece nimbado de santidad, como quieren sus defensores, ni su ministro como dechado de malicias. Los dos eran hombres, uno inmensamente mejor que el otro, pero ambos hechos, como todos sus semejantes, de una mezcla de bien y de mal, cuya proporción y cuyas posibilidades de reaccionar ante la vida sólo conoce la divina sapiencia.

Poco antes de morir, el doctor Marañón nos regalaría aún, “El Greco y Toledo” (1957) donde, a más de describirnos la geografía y el paisaje por él más amados, nos enseña a conjeturar, es decir, a tratar de

saber lo que ignoramos, partiendo de los fragmentos dispersos de la verdad conocida.

Conjeturar es, así, no sólo instrumento científico poderoso, sino también, quizá, la esencia misma de la ciencia.

Alcanzando a este punto, es indispensable destacar que en todas sus obras, históricas, médicas, literarias, Marañón es un escritor admirable, y admirado por todos, incluso por los más ilustres autores de su época.

César González Ruano le describió como uno de los escritores más claros y en posesión del mejor español de su tiempo.

Su estilo, según Ramón Pérez de Ayala, es un canto de sirena, que hechiza y arrebató.

Por su parte, Manuel Machado, al definirlo como escritor y como hombre, le decía al propio Marañón en una carta: “es usted uno de esos pocos hombres que reconcilian con la humanidad, porque lo tiene todo: talento y corazón maravillosos. Y, por encima de todo, la máxima generosidad de un gran señor del espíritu”.

En estas mis humildes y apresuradas, pero sentidas palabras, he intentado esbozar, aunque en rápidas pinceladas, mi personal interpretación de cual fue la actitud de Marañón ante la Historia.

Quedaría ahora por tratar otra posibilidad, sugerida por todo lo dicho. Sería la de estudiar cómo aparece hoy, ante la Historia, la egregia figura del doctor Marañón. Qué significó Marañón para la Historia de su tiempo y para la posteridad; para la historia de nuestro país, e incluso para la historia universal. Qué representa ya Marañón, en fin, ante la Historia, ante la HISTORIA con mayúsculas.

Pero para tratar de dar respuesta a tan ardua e importante cuestión, se precisaría de un tiempo, de un espacio, de unas circunstancias, y, por supuesto, de una capacidad, de los cuales quien les habla, sinceramente, no cree disponer.

Sin embargo, y sin pretender agotar el tema propuesto, finalmente, hagamos una última indagación.

Hasta aquí hemos visto cómo, en todos sus estudios, en todos sus escritos, en todos sus trabajos, Marañón presta, por encima de todo, una especialísima y preferente atención al hombre, como pensante y vital protagonista de los hechos; hemos comprobado como atiende cuidadosa, amorosamente, al estudio de la persona que los protagoniza. Y lo hace así, precisamente, porque es la persona, la persona humana, lo que a él más le interesa.

Siguiendo su ejemplo, nosotros debemos ahora preguntarnos: ¿Y cómo era, realmente, por su parte, la persona cuya obra acabamos de comentar?

¿Qué clase de persona era ese personaje instalado ya en la Historia con el nombre de Gregorio Marañón?. ¿Qué notas definatorias habría que destacar en la persona de Gregorio Marañón y Posadillo?. Y ... ¿Cuál era su pensamiento?

En definitiva, nos asalta la curiosidad de saber como era Marañón, simple y llanamente, como ser humano. Más aún, nos acucia la necesidad de conocer como era la persona que había detrás del personaje famoso, para poder entender e interpretar mejor toda su vida y su obra, e intuir su modo de pensar.

Sería muy difícil, por no decir imposible, resumir en unas pocas palabras las características de una personalidad tan amplia, tan tica, tan compleja, tan variada como la suya. Pero sí cabe intentar, al menos, enumerar algunos de los aspectos que más han destacado en su comportamiento, en su actividad, en su actitud. Y algunos de los hábitos expresivos que constituyeron el estilo habitual de su personalidad.

Entre ellos, cabría señalar:

- su permanente sentido del deber, materializado en su total entrega a la diaria labor de médico, en el hospital y en el consultorio privado;
- su conciencia plena de español, que le llevó, que le obligó, a una intervención directa y activa en la vida pública de su país;
- su inmensa laboriosidad, de la que es buena prueba su ingente pro-

ducción científica y literaria; aunque siempre la hizo compatible con una aficionada degustación del ocio, bien fuera bajo la forma de viajes, de coloquio, lectura o yantar;

- su devoción por la amistad, que para él era, según declaratoria propia, el primer grado del parentesco;
- su idea del humanismo, tan empapada de responsabilidad ética;
- su tan declarado gusto por la claridad y por el espíritu académico, que en él no excluía el entusiasmo romántico, e incluso una lúcida ternura por ese mismo entusiasmo;
- su constante amor al pueblo humilde y anónimo, a la que él llamaba con toda propiedad, la “humanidad no representativa”;
- y la indudable intención salvífica de su particular y personalísima interpretación de la Historia.

Tal es, muy a grandes rasgos, por supuesto, el haber personal del que fue titular y responsable, a lo largo de toda su vida, el hombre llamado Gregorio Marañón.

Alma adentro, esta múltiple actividad tuvo como instrumento agente el también múltiple talento de Marañón, y como fuente inmediata, como término primero de atribución, el conjunto de las diversas vocaciones específicas que operaron en su intimidad.

Diversos talentos, todos en grado eminente; diversas vocaciones, limpiamente sentidas y armoniosamente enlazadas entre sí; y diversas actividades, todas ellas de imponente volumen y altísima calidad.

La suma de todos estos ingredientes de su personalidad, la suave pero firme voluntad con que su dueño y titular los cultivó siempre, y la bien compuesta figura que resultó de todo ello, mueven a la admiración y sugieren una primera imagen de la persona de Marañón: la imagen del artífice de sí mismo.

Porque, evidentemente, Marañón fue un habilísimo e inexorable constructor de su propia personalidad; un arquitecto capaz de ser, a la

vez, cincelador y orfebre de sí mismo; una versión actual y española de cualquiera de aquellos “hombres universales” que fueron rasgo esencial y sumo decoro del *Cinquecento* italiano.

Pese a todo lo dicho hasta ahora, esta visión estética de la persona de Marañón no llega a la raíz de lo que aquella persona fue. La verdad que puede haber en nuestras conjeturas no pasa de ser una verdad parcial y penúltima.

Porque en el fondo de todas las cosas aparentes, detrás de todo lo que se ve y se conoce de cada hombre, queda siempre una parte reservada de la persona, una parte que lo convierte en el “hombre de secreto”, ya que secreto es siempre, por esencia, el fondo de la vida personal de cada uno de nosotros.

“uno es el hombre de todos,
y otro el hombre de secreto”,

dice un penetrante poemilla de D. Miguel de Unamuno.

En Marañón hemos visto, hasta aquí, el magnífico “hombre de todos”, que en él hubo. Pero por debajo de ese “hombre de todos”, en la fuente más sellada y originaria de su existencia personal, hubo sin duda un magnífico, un extraordinario “hombre de secreto”.

Bajo aquel pasmoso acopio de actividades, talentos y vocaciones específicas, se hizo real y personal su intensa y esclarecida “vocación de hombre”. Hombre total, lleno de valores y virtudes, aunque reconociendo, siempre, y aceptando, humildemente, sus deficiencias y sus limitaciones.

Y es que Marañón asumió y aceptó, resuelta y lúcidamente, ser hombre; y serlo con sus portentosas dotes naturales, de las que nunca alardeó; pero serlo, también, con sus pequeñas e inevitables imperfecciones humanas, que nunca trató de negar, sino de corregir, con un diario y esforzado ejercicio perfectivo.

Como hombre, amó apasionadamente la vida, y disfrutó de ella, entendiéndola, ante todo, como don y como servicio. Como don de Dios, y como servicio a los demás. Este fue siempre su pensamiento más íntimo.

“Me place.- escribió dando fé de lo primero-, hacer uso de la facultad que Dios nos ha dado a los hombres, de contemplar y comentar el espectáculo maravilloso de la vida, en su vasta plenitud...”

En cuanto a lo segundo, “los demás”, eran, para él, la humanidad entera en la que siempre depositó su fe y su esperanza.

La generosidad de su corazón le movía a desear y esperar lo mejor para todos. Y a contribuir activamente a su consecución.

En último término, siempre creyó que los hombres de buena voluntad van paulatinamente liquidando sus diferencias a través de las paces, las tensiones y los combates de la Historia; y que terminarán, un día, conviviendo una existencia común y plenaria, en la cual todo cuanto en ellos fuera buena voluntad logrará, al fin, satisfacción total y acabada.

No es extraño, por tanto, que, en cierta ocasión, se calificara a sí mismo como “Oficiante incansable en la gran religión de crear esperanzas”.

Todo esto lo sentía y lo decía sin beatería ni panfilismo, sabiendo muy bien que cualquier hombre, hasta el más noble, lleva en su ser una veta de bellaco; que vivir en la Tierra es ser impuro, aunque uno adore la pureza; que el error y la catástrofe son, de tejas abajo, riesgos permanentes; y que la resolución de los contrarios no dejará nunca de ser parcial e insatisfactoria, mientras dure el correr de los siglos.

Por consiguiente, consideraba consustancial al hombre vivir con la melancolía permanente de lo no conseguido.

He aquí la personal “vocación de hombre”, de aquel hombre maravilloso llamado Gregorio Marañón; he aquí el peculiar estilo con que su corazón fue siempre, innegable y evidentemente, un corazón inquieto.

Don Gregorio amó al mundo con “ternura de pasajero”; amó con pasión e inquietud su propio tiempo, y por lo tanto el agridulce presente sucesivo. Y vivió, - según su propio testimonio-, en una permanente “luna de miel de amor a las cosas”, a todas las cosas, aún cuan-

do éstas mostrasen una primera apariencia de enfermedad, de error o de vicio.

Su tiempo interior era siempre, constantemente, la inquieta conjunción caminante de un “hoy”, un “mañana”, y un “todavía”.

Marañón fue, en suma, una persona que, a través de sus vocaciones específicas, sus espléndidos y múltiples talentos, sus amores y aversiones, sus maneras propias, y sus inexorables deficiencias, quiso ser una singular versión cristina del *homo humanus* de la Antigüedad, aquel a quien nada de lo humano le parecía ajeno.

Poco más cabría añadir, en esta ya tal vez demasiado larga intervención, que no esté contenido, de forma meridianamente clara, en todos sus escritos, en sus múltiples y variados escritos.

Si por sus obras es como mejor se puede conocer a alguien, basta acercarse a las de Don Gregorio para encontrarlo a él mismo, presente, bien presente, en toda su producción.

Como final de nuestra reflexión, quede patente el reconocimiento a su vida y a su obra; y de un modo muy especial, a la labor histórica y humanística del doctor Marañón.

Y, por supuesto, quede explícitamente declarada nuestra admiración más sincera por su modo de entender la Historia, que nos da una prueba más de su enorme talla de hombre, de hombre bueno, cabal y comprensivo.

Tal vez por esto, y como muy bien dijo nuestro Premio Nóbel Vicente Aleixandre, los libros de Marañón se leen de un “reposado tirón”. Y este difícil milagro se debe, sin duda, a que brillan en ellos, con suprema enseñanza, las cualidades de ciencia y amor con que su autor se acercó a sucesos y seres, bañándolos en esa luz de entendimiento último que en Marañón sube hasta la admirable solidaridad.

¡Qué grande y piadoso lector de la vida fue el que, desde sus páginas, nos enseña y nos conforta, provocando nuestra gratitud!.

Si para Platón sería un ser casi divino quien supiera usar a la vez

de tolerancia y rigor, bien puede afirmarse que Marañón derrochó ambos al estudiar la Historia, al tratar a sus personajes, y, sobre todo, al convivir con sus semejantes y al servirles con sencillez.

Por eso, por todo eso, Don Gregorio Marañón, el Doctor Marañón, ha entrado ya, y por la puerta grande, en las páginas de la Historia; en esa Historia que tanto le apasionó.

Marañón se ha convertido ya, él mismo, en un personaje histórico; un personaje histórico irrepetible, del que todos los españoles, sin distinción alguna de ningún tipo, nos debemos sentir orgullosos; y del que, desde luego, todos los estudiosos nos declaramos fervientes y devotos admiradores. Y yo, por supuesto, el primero.

Don Gregorio nos ha servido, hoy, de maravilloso ejemplo para establecer y sostener la relación, que indudablemente existe, entre los médicos y las humanidades. Pero el ejemplo del Dr. Marañón, aún siendo extraordinario, no es único. Y eso lo saben, en general, todas las personas cultas; y, muy en particular, todos los médicos.

Tantos y tantos médicos, no anónimos pero sí menos conocidos, que merecen, igualmente, toda nuestra admiración y nuestro reconocimiento.

Ya quedó antes citado, también, el caso de nuestro ilustre paisano, el Dr. García-Sabell, (del que, otro día, si la ocasión es propicia en todos los aspectos, me ocuparé).

A todos los estudiosos y cultivadores de las Humanidades; y, de un modo muy singular, a los médicos que como Marañón estudian y tratan al hombre con amorosa preocupación, porque creen en él, quisiera hacerles llegar, desde aquí, una vez más, nuestro respeto, nuestra admiración y nuestro agradecimiento.

Nada más.

Y muchas gracias.

Bibliografía

- Obras completas*. Gregorio Marañón ; X Tomos: recopilación de textos y notas por Alfredo Juderías ; introducción por Pedro Laín Entralgo . - Madrid : Espasa-Calpe , 1966-1977
- Investigaciones anatómicas sobre el aparato paratiroideo del hombre : Examen anatómico é histológico de la región tiroidea de 180 cadáveres Por Gregorio Marañón . - Madrid : Hijos de Tello , 1911
- Endocrinología : Enfermedades de las glándulas de secreción interna Gregorio Marañón . - Madrid : [Edit. Ruiz Hermanos] , 1930
- Veinticinco años de labor : historia y bibliografía de la obra del Prof. G. Marañón y del Instituto de Patología Médica del Hospital de Madrid por sus discípulos*. Madrid : Espasa-Calpe , 1935
- 5 ensayos sobre Don Juan. Gregorio Marañón ... [et al.] ; con un prólogo de Américo Castro . - Santiago de Chile : Cultura , 1937
- Estudios de endocrinología*. Gregorio Marañón . - Buenos Aires : Espasa-Calpe Argentina , 1938
- Evolución de la gloria de Feijóo. Gregorio Marañón . - [Oviedo : Universidad] , 1955
- El Toledo del Greco. Discurso de recepción del Sr. D. Gregorio Marañón y Posadillo. Contestación del Sr. D. Francisco Javier Sánchez Cantón . - Madrid : [s.n. , 1956] (Espasa-Calpe, imp.)
- Elogio y nostalgia de Toledo* . G. Marañón . - Madrid : Espasa-Calpe , 1958
- Avances de la Medicina interna. Publicación dirigida por los doctores Gregorio Marañón y J.L.R.-Candela... S.A.J. Consejo Superior de Investigaciones Científicas . - Madrid : [s.n.] , 1956-1958 (Gráf. Montaña)
- El Hipócrates de la medicina española : Biografía del Dr. Marañón* Dr. J. Alvarez-Sierra . - Madrid : [s.n.] , 1960 ([Imp. Samarán])
- D'Ors, Ortega y Marañón : antología* . Madrid : Coculsa , [1969]
- El hombre y la mujer en Marañón. Donato . - Cádiz : [s.n.] , 1972

(Cádiz : Imp. Rubiales)

Manual de diagnóstico etiológico. por Gregorio Marañón con la colaboración de Alfonso Balcells . - Madrid : Espasa-Calpe , 1984

El Conde Duque de Olivares. Gregorio Marañón . - Madrid : Espasa-Calpe , 1985

Marañón. Actualidad Anticipada. Homenaje ofrecido por la Universidad Complutense de Madrid con motivo del primer centenario de su nacimiento. EUDEMA, Madrid, 1988.

Marañón y Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 1996. Gomez-Santos, Marino.

Antonio Pérez. Gregorio Marañón . - Madrid : Espasa-Calpe , [1998]

Marañón en Toledo : (sobre "Elogio y nostalgia de Toledo") José Botella Llusá y Antonio Fernández de Molina, coordinadores ; autores, Pedro Laín Entralgo ... [et al.] . - Cuenca : Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha , 1999

Apasionante biografía de Gregorio Marañón : un hombre para la historia Enrique Cornide Ferrant . - [S.l.] : Maxan , [1999]

Medicina y compromiso. Entre la experimentación y la política. Nivola Libros y Ediciones, S.L. Madrid, 2001. Barona, Josep Lluís.

**CONTESTACIÓN
DEL
EXCMO. SR. D. JULIO RODRÍGUEZ VILLANUEVA**

Excmo. Sr. Presidente

Excmos. Señoras y Señores Académicos

Señoras y Señores

Iniciaré esta intervención afirmando que me produce una enorme satisfacción cumplir con el encargo de la Junta de Gobierno, de presentar, y dar la bienvenida, al nuevo compañero académico y amigo, el Doctor D. Mariano Turiel de Castro, en el día de su toma de posesión como Académico Numerario de la Real Academia de Doctores, de la que hasta ahora, y desde hace ya varios años, formaba parte como Académico Correspondiente, y a la que ha prestado su valiosa colaboración en cuantas ocasiones se le ha solicitado.

Nuestra amistad es antigua y sincera, lo que me hace estar encantado de realizar esta pequeña labor para la Real Academia de Doctores.

Mi satisfacción es doble, ya que quien hoy toma posesión como titular de la medalla nº 86, en primer lugar, es un entrañable amigo, y en segundo lugar, porque considero que es un hombre lleno de cualidades, tanto a nivel personal como profesional, cualidades que estoy seguro que va a poner al servicio de nuestra Academia con toda su enorme vitalidad y su acreditado entusiasmo. Nuestra relación de muchos años nos hace estar seguros de lo que ahora afirmo.

Nuestro recipiendario nació en Vigo y es hijo de farmacéutico. Realizó la Licenciatura en Farmacia en las Universidades de Santiago de Compostela y en la Complutense de Madrid, y obtuvo el grado de Doctor en Farmacia por la Universidad Complutense, con la máxima calificación. También en la misma Universidad de Madrid

obtuvo el correspondiente título en la, entonces llamada, Escuela Nacional de Periodismo.

Establecido profesionalmente en Madrid, ha compaginado, durante muchos años, el trabajo de Director Técnico de su Oficina de Farmacia y del Laboratorio de Análisis Clínicos anejo a la misma, con la colaboración permanente con cuantas Instituciones profesionales se lo han solicitado. Así, ha formado parte de la Comisión Deontológica del Colegio de Farmacéuticos de Madrid, de las Comisiones de Estatutos del mismo colegio y de la Cooperativa Farmacéutica Española, de la Comisión del PEC, de Hefame, etc, etc.

Como se puede apreciar, su contribución a la Farmacia ha sido constante e importante a lo largo de las últimas décadas. Los responsables de la dirección de Farmacia lo saben, y estoy seguro de que le apoyan y le reconocen como uno de sus firmes baluartes.

Por otra parte, ha desarrollado una intensa labor docente, como Profesor de la Facultad de Farmacia, de la Universidad Complutense de Madrid, en la Cátedra de Historia de la Farmacia y Legislación Farmacéutica, sobre las que ha impartido cursos y seminarios especializados. Ha impartido, también, cursos de Hematología, en la Escuela de Perfeccionamiento Profesional de Análisis Clínicos de la Facultad de Farmacia de Madrid. Como se puede ver, representa, pues, todo un ejemplo de apoyo y ayuda a la formación de los jóvenes farmacéuticos.

En otro orden de cosas, como profesional de los medios de comunicación, ha mantenido y mantiene colaboraciones habituales en prensa, radio y televisión. Ha sido, durante más de quince años, redactor en los Programas Culturales y en los Programas Educativos de Televisión Española. Y ha sido, también, durante muchos años, Redactor-jefe de la Revista científico-profesional "Farmacia Nueva". Una vez más nos da muestra de su preocupación y de su amor a la profesión.

En la actualidad colabora en varios programas radiofónicos, entre ellos "La Rebotica", orientado hacia la divulgación sanitaria y social; un programa de amplia difusión seguido por muchos oyentes de la radio.

Pero aún podemos añadir algo más: el Doctor Turiel de Castro pertenece a la Cofradía Internacional de Investigadores de Toledo; es miembro de la Sociedad Española de Historia de la Farmacia; Presidente del Comité Farmacéutico de "Los Veinte"; Secretario de la Asociación Profesional "Grupo Farmacia 2000"; Interventor de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País; y Secretario del Casino Cultural de Madrid, en donde viene desarrollando una actividad social y cultural en la que está impresa su impronta personal. Yo me atrevería a decir que es, en gran parte, responsable del gran auge que ha tomado el Casino de Madrid en los últimos años; un lugar absolutamente único como centro de reunión y de celebraciones en el ámbito cultural de Madrid.

Está en posesión de preciadas distinciones, y últimamente se le ha impuesto la Medalla de Plata del Colegio de Farmacéuticos de Madrid.

Su actividad se refleja, también, en sus frecuentes publicaciones y en las innumerables conferencias pronunciadas en los más variados institutos y centros culturales de toda España. Ha sido requerido por numerosas instituciones para pronunciar conferencias, ofrecer recitales o impartir cursos; y ha tomado parte en numerosas reuniones profesionales y culturales, como organizador, ponente y conferenciante. Como le conocemos bien, sabemos de su permanente disponibilidad para atender y dar cumplida respuesta a las muchas solicitudes y propuestas que recibe.

Cabe señalar que, en su destacada faceta de conferenciante, se ocupa alternativamente de temas de historia, pensamiento, o literatura española, así como de Historia de la Farmacia, habiendo participado en Reuniones y Congresos nacionales y extranjeros de la especialidad. Personalmente creo que sus aportaciones en los diferentes campos son siempre del mayor interés, dada su cultura y formación.

Su último libro, "Antropología y Ciencias Médicas en la obra de Quevedo", da la medida de su rigor en la investigación y de su brillantez en la exposición. Y, actualmente, está en prensa un nuevo libro suyo: "Diez ensayos y un cuento", con prólogo del ilustre académico Prof. Dr. García-Sabell, fallecido hace poco tiempo.

En su discurso de ingreso, nuestro recipiendario nos ha puesto de manifiesto su amplia formación humanística, ocupándose de un tema, para él muy querido, en el que conjuga su constante preocupación por las letras, su dedicación a la sanidad y su permanente rigor en el estudio de la historia; todo ello, con el noble afán de extraer del pasado posibles y positivas sugerencias, como valiosas aportaciones de éste a nuestro presente. Su labor, dada su personalidad, puede considerarse como realmente única. Para mí es un placer reconocerlo.

Han pasado ya casi 120 años desde el nacimiento del gran D. Gregorio, y casi 46 desde su fallecimiento. Pero siempre será oportuno recordar y glosar la inmensa figura del Dr. D. Gregorio Marañón y Pasadillo, médico insigne, maestro singular, ciudadano ejemplar, pensador ilustre, escritor notable, historiador y biógrafo; y tantas y tantas otras facetas en las que su personalidad brilló con un fulgor especialísimo, reflejo de los maravillosos dones de los que había sido dotado desde su nacimiento. Todos los años, tenemos el honor de contribuir, en la Fundación Ramón Areces, al desarrollo de la “Semana Marañón”, con la Fundación del mismo nombre.

Y así lo ha entendido el Dr. Turiel, convencido de que han de resultar de justa y permanente actualidad, recordar la figura y la obra de uno de los más brillantes médicos y ensayistas españoles, que dejó una huella indeleble, tanto en la medicina como en la literatura, etc.

Por eso, en el trabajo que acaba de exponer, y que aborda con más amplitud en la publicación que se presenta en este acto, trata de hacer, al menos, un análisis, breve pero serio y riguroso, de la vida y de la obra de aquel hombre eminente, de aquel médico insigne y famoso que tuvo por nombre Gregorio Marañón y Pasadillo.

A la vez, con ello ha colaborado a rescatar tan singular figura del injusto olvido y del largo abandono en el que, tanto el gran público como casi todos los estudiosos de la especialidad, le han mantenido, en buena medida, durante mucho tiempo.

Por supuesto, su exposición de esta tarde no pretendía ser, por muchas razones, ni un estudio profundo ni un ensayo erudito, sobre tan ilustre figura de la medicina y de las letras españolas del siglo anterior.

Su misión, hoy, no quería ni podía ser otra que la de dedicar estos momentos al recuerdo emotivo de Marañón, y a la divulgación admirativa de su obra, para tratar de remarcar la talla que en nuestros días se le reconoce universalmente.

Pero volviendo a la figura de nuestro beneficiario, me parece justo recalcar un carácter que marca la personalidad del Doctor Turiel, y que creo habrán podido intuir ya en el breve comentario que vengo haciendo. Este carácter indiscutido es el de humanista. Hombre prolífico y creativo, curioso e inquieto, que se muestra apasionado frente a todo lo que implique educación, arte o cultura. Una vez más deseamos poner de manifiesto el aprecio y respeto hacia el Dr. Turiel, que posiblemente le hace único en su campo de actividad.

Siempre interesado por aprehender y divulgar conocimientos, insiste en defender un mayor intercambio intelectual entre los profesionales e investigadores de las distintas disciplinas.

En estos breves apuntes, tomados de su extenso currículum, confío habrá quedado patente que el Doctor Turiel de Castro, con su intensa actividad multidisciplinar, parece emular a los personajes del renacimiento. Una figura como la del Dr. Turiel nos estimula e impresiona a todos.

Estamos, evidentemente, ante un farmacéutico enamorado de su profesión, con vocación verdadera y dedicación exigente; y ante un profesional de los medios de comunicación que cultiva la literatura y el arte con convencimiento y pasión. Sus publicaciones lo dejan muy de manifiesto, razón por la que a nosotros nos ayuda sobremedida actuar en este memorable acto de la Real Academia en una actitud modesta pero sin duda generosa.

También quisiera señalar, como muy de admirar, que en el plano de lo interior, el Doctor Turiel, siempre coherente consigo mismo, es indeclinablemente fiel a sus principios, defendiendo vehementemente aquello en lo que cree firmemente. Y por eso, en todos los aspectos de su vida, se ha considerado libre para hacer siempre todo aquello en lo que ha creído. La simple lectura de su currículum da buena muestra de ello.

A veces, al volver la vista atrás, es posible que piense que, tal vez, en ocasiones, por su firmeza, no haya sido todo lo flexible que se le pedía, pero es un hecho indiscutible que nuestro Doctor, ha tratado siempre de sacar lo mejor de sí mismo para actuar, crear y producir lo que refleja a raudales, a lo largo y ancho de su andadura vital. Su vida y sus contribuciones son un excelente ejemplo de un gran hombre siempre dispuesto a atender a los demás. Y considero justo afirmar que en el aspecto personal, Mariano Turiel destaca por su nobleza, su tesón, su dedicación y su capacidad de trabajo, siempre abierto a encontrar solución a cualquier problema, y a ayudar a quien se lo solicita.

Es un amigo leal y un magnífico conversador, que posee una gran capacidad de comunicación. Al Doctor Turiel se le define, en fin, por su vitalidad, entusiasmo y perseverancia. Implacable ante cualquier causa injusta, y, sin embargo, a estas cualidades un temperamento reflexivo y cordial, comprensivo y generoso. Pero aún podríamos decir algo más: desde el punto de vista humano, Mariano Turiel de Castro es un hombre inquieto, ilusionado, optimista, soñador y algo rebelde. Siente interés y curiosidad por todo, y posee un elevado concepto y aprecio de la amistad verdadera.

Añadamos que una de sus grandes aficiones es la música, en la que hizo numerosas y valiosas incursiones en los diversos campos de tan admirable arte, de las que nos han llegado pruebas irrefutables. Sus contribuciones en el Casino de Madrid suponen una muestra realmente única de lo que él, en el área del arte, representa.

En fin, en mis palabras he tratado de mostrarles, de manera muy resumida, algunas facetas de la rica personalidad de Mariano Turiel, como profesional farmacéutico, como humanista y como ser humano; y que al ser recibido como Académico de Número en esta Real Academia confirma, en este acto, su deseo de colaboración.

No quisiera concluir esta intervención sin decirte, querido Mariano, que todos los miembros de la Real Academia de Doctores, sentimos una profunda alegría al recibirte como Académico Numerario de esta Real Corporación. Eras ya un colega nuestro, y desde ahora te consideramos, aún con mayor razón, como un distin-

guido compañero con quien, sin duda, vamos a poder realizar futuros proyectos académicos.

En nombre de la Academia y en el mío propio, quiero expresarte nuestros más cordiales y afectuosos sentimientos personales y de bienvenida, y darte la más efusiva y cariñosa enhorabuena. Es la razón por la que afirmamos, sin dudarlo, quienes conocemos tu trayectoria, que es un hecho que nuestra Academia se enriquece con personas de tu categoría y tu personalidad.

Finalmente, a nivel personal, deseo expresar que el carácter multidisciplinar de nuestra Academia brinda al nuevo Académico Numerario la posibilidad de armonizar las Ciencias, las Artes y la Sociedad.

Después de todo lo manifestado en esta intervención, debo subrayar que estoy seguro que nuestra colaboración será un éxito y servirá para el avance de las Ciencias Farmacéuticas y de la Cultura en España.

He dicho.

